

Lev del silencio. 1754.

la guerra se envenenó; el parlamento que se había complacido en hallar una ocasión de mostrar autoridad, traspasó sus atribuciones y el rey lo desterró. Después, con motivo del nacimiento de un príncipe, le alzó el destierro y mandó que hubiese perpétuo silencio entre el parlamento y el clero: ¿pero era esto posible? Benedicto XIV, interrogado, respondió con la encíclica *Ex omnibus cristiani orbis*, en la cual declaraba regla de fe la bula *Unigenitus*; decía que no podía quebrantarse sin arriesgar la salvación, y mandaba que, á pesar de esto, se administrasen los sacramentos á los disidentes enfermos, con tal que no se hubiesen declarado públicamente contra ella. El parlamento rechazó esta encíclica como abusiva; el rey mandó que fuese registrada.

Los sulpicianos.

La sociedad de San Sulpicio, manteniéndose alejada de estas disputas teológicas, quiso limitarse á las funciones necesarias para el buen éxito de su vocación; no combatir sino edificar; preparar ministros para la Iglesia en los diversos grados de la jerarquía, y acostumarlos á los estudios serios y emplear bien el tiempo. Docilísimos á la voluntad de sus pastores, aunque no estaban ligados por votos de obediencia, supieron los sulpicianos conservarse en las diócesis de los obispos disidentes; exentos de ambición, educaban á los jóvenes mas sobresalientes con sus propias dotaciones; Languet, cura de San Sulpicio, repartía al año 1.000.000 de francos en limosnas y tenía una cama de jerga y dos sillas de paja.

1750.

El parlamento.

Pero en aquella guerra abierta que se hacían el parlamento, los jansenistas y los literatos, la corte era verdaderamente la que sufría las derrotas. Ya hemos visto que el parlamento se reanimó un poco durante la regencia. Después, cuando se necesitaron nuevos subsidios para la guerra de Polonia, se negó á registrar el decreto; y entonces el rey, en sesión régia, mandó su inmediata ejecución, diciendo que al parlamento le era lícito presentar reclamaciones, pero que una vez oída la voluntad soberana, debía obedecer y no suspender por motivo alguno la administración de justicia. Posteriormente, necesitando Luis dinero otra vez para la guerra inglesa, el parlamento se negó á registrar los edictos que imponían subsidios, y entonces el rey celebró solio de justicia en el cual hizo varias declaraciones: que las cámaras del parlamento no podían reunirse sin permiso de la asamblea general, que el procurador general era el único que tenía facultades para hacer denuncias, que el consejero que no llevase diez años de servicio no podría tener voto deliberativo, y que en adelante no podría interrumpirse jamás el curso de la justicia. Parecieron tiránicos estos decretos; los liberales, que entonces empezaban á ser de moda, se declararon en favor del parlamento, y todas las clases del Estado andaban desordenadas, aspirando cada uno por su parte á la independencia. Una secta no pone en la mano el pu-

1753.

ñal; pero cuando se ha declamado contra el poder, acusándolo de malvado, de homicida y de tirano, siempre hay alguno de lógica absoluta, que va derecho á las consecuencias. Así, pues, mientras de todas partes se gritaba contra el tirano, un tal Roberto Francisco Damiens, pensó librar á la tierra del monstruo. Su puñal apenas rozó el cútis de Luis, pero el pueblo y hasta las mujeres asistieron con grande algazara al suplicio del regicida, que fué de los mas atroces (1), y Luis fué mas querido de aquella nación, eminentemente monárquica, y habituada á mirar como de familia los placeres y los dolores de la corte. El parlamento también se reconcilió con el rey, y este revocó los edictos que mas habían desagradado á aquella asamblea, desterró al arzobispo, y sacrificó á los Jesuitas.

Las guerras, de que era causa una política dirigida por sus amantes, y los gastos ignominiosos de la corte, tenían arruinado el Erario, por lo cual fué menester imponer nuevas contribuciones y hacerlas aceptar por los parlamentos provinciales, disolviéndolos en caso de resistencia, á cuyo efecto se enviaron ministros con plenos poderes del rey. Esto esparció el terror; opusieron á este golpe los poseedores de privilegios que abatía; reclamóse haciendo presente la miseria del país, mas el gobierno no paraba mientes en ello y continuaban las disposiciones dirigidas á llenar las arcas del Tesoro, disposiciones con frecuencia arbitrarias y de mala fe, siempre insuficientes. Los ingenios despertados por Law estudiaban la naturaleza de las riquezas, y proclamábanse teorías dirigidas á abolir la guerra, el ocio, la pobreza, la opresión. Las principales de estas teorías fueron la del doctor Francisco Quesnay y la del administrador Vicente de Gournay, los cuales designaban como único origen de las riquezas, el uno la agricultura, el otro la industria. Por tanto, Quesnay hallaba injusto el sistema fiscal que cien veces abrumaba al propietario y al labrador impidiendo la circulación y la exportación de granos, y proclamaba la reducción de todos los impuestos á una contribución única sobre el producto neto de las tierras. Gournay, analizando mejor, demostró cómo se dan la mano los diversos géneros de industria, y no reclamaba sino que el gobierno no pusiese obstáculos, repitiendo: *Dejad hacer, dejad pasar* (2). Ambos sistemas tendían á obtener la libertad, y que el rey robusteciese su poder uniéndose al pueblo, considerando como nación á los poseedores y como bien nacional el bien de los vecinos países, unidos fraternalmente en la industria.

(1) « A quatre heures et trois quarts de l'après-midi, le 28 mars, commença son supplice en place de Grève. On lui brûla la main droite armée du couteau parricide, avec un feu de soufre; ensuite il fut tenaillé aux bras, aux jambes, aux cuisses, aux mamelles, et l'on jeta dans les plaies du plomb fondu, de l'huile bouillante, de la résine, de la cire et du soufre brûlant; enfin on l'écartela. Il resta vivant durant tout cet espace de cinq quarts d'heures avec une fermeté intrépide, etc. » Relación de la época.

(2) Véase el capítulo 9.

El rey entendía muy mal estas teorías y las aplicaba peor. Sin embargo, para secundar las miras de los fisiócratas, y restaurar la envilecida marina, se permitió la extracción de granos de ciertos puertos en buques franceses, declarándose que este comercio no sería considerado como indigno de la nobleza. El fraude aprovechó la ocasión: buques extranjeros dejaron de un golpe exhaustos los almacenes, y fué forzoso suspender la providencia que quedó desacreditada por su mala aplicación.

1764.

La vida arregladísima del delfín lo hacía el blanco de las burlas de la corte, y de las esperanzas del pueblo; pero murió á los treinta y seis años, y á poco le siguieron á la tumba su esposa y su madre, y la misma Pompadour que había conservado siempre su dominio, y hasta en el lecho de muerte pretendió ocultar su enfermedad bajo los afeites y la firmeza de espíritu. Los literatos la compadecieron, Luis la olvidó, el pueblo la maldijo y esperó.

La Du Barry. 1769.

Heredó su omnipotencia Choiseul, y su infame título una mozueta de precoz prostitución, la cual con refinamientos de burdel reanimaba la sexagenaria lubricidad de Luis. La Lange, que así se llamaba esta mozueta, halló un conde de Barry, que le dió su mano y sus títulos, y por consecuencia los honores de corte, y mantuvo su predominio, no con inspirar respeto é interés, sino con bajas familiaridades, no apelando ni al pudor, ni á la educación para hermosear el deleite. En vano las canciones y los libelos, temperamento de aquella monarquía absoluta, recordaban al rey sus cien predecesores: aquella alma enervada, que no tenía otro valor sino el del escándalo, quiso absolutamente que la Du Barry fuese presentada en la corte, y de ser por ella admitidos ó no, llegaron á depender el ministerio, el equilibrio europeo, y la suerte de las colonias americanas.

Perdónesenos si la verdad histórica nos obliga á manchar la narración en la descripción de una política y unas costumbres que forman tan asqueroso conjunto. En esta monarquía, despreciable por su inmoralidad, odiosa por sus dilapidaciones y por sus bajas especulaciones sobre la miseria pública, tremenda por la política secreta y los golpes de Estado, ¿qué extraño que progresase la Revolución?

Choiseul.

Choiseul, ministro brillante, que aspiraba á reformas útiles y vigilaba los progresos de las potencias europeas, no supo doblegarse ante la nueva favorita, fuese por dignidad, fuese por despecho de no haber podido reemplazarla con una hermana suya, y acaso instigó al parlamento en la nueva guerra que rompió con el rey. Dicen que la Du Barry hizo poner en su gabinete el retrato de Carlos I huyendo de sus perseguidores, cuadro pintado por Wandjck, y cuando el rey entró, le dijo: *La Francia* (este título le daba, á ejemplo de los que solían darse á los criados), « mírate en ese espejo: si dejas tomar vuelo al parlamento, te hará cortar la cabeza como el de Inglaterra á Car-

1770.

los I. » Por tanto Choiseul fué destituido, y aunque el pueblo no lo amaba, bastó su desgracia para que lloviesen sobre él demostraciones de interés y casi de idolatría: su retrato estaba en todas partes; todos pedían permiso para ir á Chanteloup, donde estaba desterrado, para desinfectarse á su lado, decían, del aire pestilente de Versalles: ¡Cosa insólita hacer la corte á la desgracia!

Ocupó su puesto el duque de Aiguillon, sobrino segundo de Richelieu, afortunado rival del rey en los favores prodigados de la Du Barry, é instrumento de esta para derribar á Choiseul. El parlamento aspiraba á hacerse considerar como sucesor de los Estados Generales, y á que todas las asambleas superiores del reino formasen un solo cuerpo con clases que tuvieran su residencia en los diversos puntos. De esta suerte venía á establecerse una oposición universal contra la monarquía, y apoyándose en ella los parlamentos, pidieron al rey la disminución de los impuestos. Pero Luis, en solio de justicia, declaró que los parlamentos no eran mas que tribunales y órganos de la voluntad real, y que habiendo sostenido proposiciones contrarias á la religión, á las costumbres y á la soberanía del rey, les prohibía usar de las palabras *unidad, indivisibilidad, clases*. El parlamento persistió, sin embargo, y cesó en el desempeño de sus funciones judiciales, medida que perturbando todos los negocios, solía obligar al rey á devolverle sus facultades; pero entonces Aiguillon, unido al abate de Terray, interventor general, pensó en vencer su resistencia. Comenzó á divulgar que el parlamento sacrificaba sus deberes á su interés particular: después en la noche del 19 de enero de 1771, presentándose dos mosqueteros en casa de cada individuo, le mostraron la orden del rey para volver al ejercicio de sus funciones, exigiéndole en el acto que contestase y firmase si obedecía ó no. Aunque sorprendidos antes de poderse poner de acuerdo, la mayor parte se negaron á obedecer, y al día siguiente fueron desterrados, declarándose confiscados sus empleos: treinta y ocho que habían asentido se retractaron en seguida, y el parlamento fué reemplazado por otro de consejeros de Estado y de secretarios (*maîtres de requêtes*); pero ningún abogado presentó causa ante este tribunal.

Después, el 13 de abril en solio de justicia fueron disueltos el parlamento y el tribunal de cuentas y reemplazados con el consejo supremo; se abolió la venalidad de los empleos y se mandó que se administrara gratuitamente la justicia, es decir, que las partes pagasen, pero no á los jueces. Los demas parlamentos del reino fueron también ó suprimidos ó refundidos ó modificados de igual modo. Estas reformas eran obra del canciller Renato Maupeou, y todos los príncipes de la sangre protestaron contra ellas. Parecía bien que hubiese caído el antiguo parlamento, siempre pronto á conceder víctimas al gobierno, al mismo tiempo que ponía obstá-

Parlamento. Maupeou.

culos á sus buenas medidas; ¿pero cómo fiarse de la camarilla de agiotistas y prostitutas que lo habia derribado? Habia desaparecido la venalidad de la justicia; ¿pero cómo creer en el desinterés de los nuevos magistrados? Maupeou, cabeza de la administracion de justicia, decia al abate Terray: « Está vacante el empleo de interventor general; es un destino en que se hace buen dinero; voy á influir para que te lo den. » Y Terray, hombre inexperto, adoptó medidas despóticas, tanto que muchos se libraron con el suicidio de las vejaciones del fisco, y otros se dedicaron al contrabando, mas lucrativo que el trabajo. Esto, en cuanto á la hacienda; en cuanto á los asuntos judiciales, era tanta la fuerza de la costumbre, que se consideraba vileza administrar justicia á expensas del rey; no se concebía que magistrados asalariados pudieran ser íntegros, y el no verlos ricos como de costumbre, disminuía mucho su crédito. Sin embargo, si se prescindía del modo despótico con que lo ejecutó Maupeou, tuvo razon para gloriarse de este acto, que impuso silencio á las facciones y dió entrada en el parlamento á la flor de los magistrados.

Maupeou registró los edictos fiscales propuestos por Terray, el cual acudió á mil expedientes para reanimar la hacienda, y reduciendo las rentas, disminuyó en 13.000.000 anuales los intereses de la deuda pública, que sin embargo ascendían aun á 63.000.000: el déficit anual no pasaba de 25.000.000, pero llegaba á 120 y 130 cuando Luis subió al trono.

Viendo el rey progresar el espíritu público, en vez de guiarlo, declaró inevitable el cambio, y se encerró en su egoísmo: sentía hundirse la monarquía, pero creyó que duraría tanto como él: lo que viniese despues no le importaba. Cuando murió de viruelas, su capellan declaró: « Que bien que el rey no debiese cuenta de su conducta sino á Dios, sentía haber dado escándalo á sus súbditos, y declaraba que no quería vivir mas que para sostener la religion y hacer el bien de los pueblos. » Así hasta un deber de humildad cristiana se convertía en acto de soberbia impotente en aquella monarquía, que al deshacerse protestaba de su omnipotencia.

CAPÍTULO VII

Costumbres.

Los sucesos del reinado de Luis XV nos han mostrado en parte los hábitos y las opiniones de aquella época. Ya en tiempo de Luis XIV se habian relajado las costumbres, no obstante la senil austeridad del rey, el cual no castigaba los excesos por miedo de causar escándalo. La Maintenon, que se habia jactado de haber puesto la devoción en moda, tuvo tiempo de ver que las modas duran muy poco. La hipocresía apé-

nas se ocultaba bajo aquel velo, siendo únicamente el último homenaje que se tributaba al rey absoluto; pero mas que la gazoñería de la corte se imitaba la impudente lascivia de la Ninon. En torno de esta se habia formado una sociedad de libertinos que al son de las botellas cantaban los versos chocarreros de Chaulieu y los impíos de Juan Bautista Rousseau; los incrédulos se reunían en casa del príncipe de Conti, y si ya antes en la escena no producían escándalo los sucios chistos de Molière, en 1709 se representó el *Turcaret* de Le Sage, retrato sin velo de una sociedad depravadísimas.

En un país que se modelaba por la corte, fueron contagiosos los ejemplos del regente. ¿Quién habria podido calcular los gastos, donde en la compra de un diamante se prodigaban los tesoros que reclamaban las necesidades públicas? ¿Quién habria osado mostrarse sobrio y casto entre las cenas de la regencia? Hasta los cortesanos sin pasiones hacían gala entónces de desorden y corrupcion, y de mostrarse ebrios cuando el príncipe se tambaleaba.

Los bailes de máscara comenzaron en 1716 y se daban hasta ocho por semana. Las casas de placer que aparecieron por primera vez en tiempo del gran rey, se multiplicaron luego, donde los señores en la familiaridad se desquitaban de la forzada circunspeccion que se veían obligados á guardar en palacio. El partido de la duquesa del Maine censuraba esta relajacion; algunos ilustres restos de Port-Royal se oponían al torrente; pero los mas se lanzaron á él. Comenzaron los hombres á avergonzarse de la felicidad doméstica y de presentarse en público con sus mujeres: una necesidad peligrosa de granjearse y conservar amigos introdujo los cortejos, y en los contratos de bodas se llegó á estipular que la mujer no sería obligada á vivir con el marido en sus tierras.

El palacio del regente servía de asilo contra las leyes que prohibían el juego, el cual llevaba allí sus goceas febriles. La princesa de Valois, de diez y ocho años de edad, y destinada á casarse con el duque de Módena, marchó á unirse con su esposo precedida de jugadores, pasando las noches en el juego y los días en el sueño; los principales personajes acudían á jugar, difundiendo la embriaguez del juego en las provincias. Así se formó una clase particular de gente, la de los caballeros de industria, que vivían como grandes señores y como libertinos, sin otros medios sino los que les ofrecían las estafas y el garito. El gobierno, no pudiendo impedirlo, pensó vigilar el juego y autorizó ocho academias por 200.000 francos, que destinó al socorro de los pobres vergonzantes. Así la nobleza, ya muy próxima al abismo, se iba acercando á él cada vez mas entre los bulliciosos festines, las intrigas y la corrupcion cubierta con el velo de la elegancia; hicieronse famosas las sociedades epicúreas del *Temple*, del *Sceaux*, del *Caveaux*, sociedades medio báquicas, medio literarias, donde el talento

particular de cada uno servía para la diversion de todos.

Nueva sacudida dió á las costumbres el banco de Law por la rapidez con que muchos se enriquecieron y otros muchos se empobrecieron. Con el hervor de la codicia, las casacas galoneadas se hallaron entónces en contacto con el sayal; la púrpura de los prelados con la cola del traje de las prostitutas, y las ideas económicas difundiendo se quitaron al comercio aquella marca de degradacion que hasta entónces habia llevado. Hízose el lujo mas ingenioso, pero frívolo y efímero: las vastísimas galerías cedieron el puesto á gabinetitos acomodados para el estudio y los placeres secretos; las artes presentaban escenas, no ya voluptuosas, sino libertinas; las letras, convertidas en cortesanas del público, estudiaban el arte de agrandar y buscaban la fortuna de un momento, el aplauso de los círculos. Propagóse el uso de los espejos, distribuidos con voluptuoso artificio; porcelanas y curiosidades de las Indias llenaban las habitaciones; gustábase de olores, y se cultivaban también las flores para hacer gala de una sencillez que formaba un contraste chocante con la multitud de criados vestidos de escarlata y adornados de plumas y destinados á usos nada honestos. El arte supremo de estos era conocer el blason y las libreas para saber á qué carrozas debían ceder el paso y sobre cuáles debían tomarlo, exponiéndose á ser apaleados en la calle si pecaban por menos, ó arrojados de la casa si pecaban por mas. Los lacayos, ántes obligados á tocar cualquier instrumento en las horas de ocio, esperaban desocupados en las antelas hasta que llegase el momento de correr delante de los caballos de sus amos.

Por imitar á los Ingleses se introdujo el té, extendiéndose también el uso del café, del chocolate y de los vinos de lujo con el nombre nuevo de *botellas*. Hicieronse los vestidos menos pesados y mas ajustados al cuerpo, segun la moda del Norte; acortáronse las pelucas, y aun muchos empezaron á presentarse sin mas que sus propios cabellos. Sin embargo, Franklin calculaba poco despues que con los peluqueros habria podido la Francia formar un ejército, y con los polvos blancos mantenerlo. Los grandes dispendios arruinaban á las familias, obligándolas á cerrar los ojos en punto á sus pretensiones aristocráticas para enlazarse con ricos inmuebles, y abonar, como decían, con estiércol plebeyo sus tierras feudales. Ya Luis XIV habia halagado al banquero Bernard; la aristocracia tomó el ejemplo del rey sin imitar su dignidad, y humilló sus blasones delante del oro. Negociantes enriquecidos por especulaciones se enlazaron con familias en quienes eran tradicionales la toga ó el baston de mariscal, y se hicieron, olvidando su humilde extraccion, mas ridiculos que los nobles olvidando sus altas pretensiones. Sin embargo, todavía se consideraba la ociosidad como el distintivo de un ilustre nacimiento, así como el enamorar y el tirar de

la espada á la mas mínima cosa. « Yo he visto, » dice el príncipe de Ligne, á los jóvenes de « calidad vestidos de toda etiqueta y con la « espada al lado á las siete de la mañana; ni « uno solo iba á pié por la calle; todos iban á « caballo con trajes galoneados, con gran sé- « quito y nunca al trote; las grandes señoras « iban con dos criados vestidos á la moda hún- « gara á la portezuela del coche, pajes y una « multitud de lacayos en la trasera; he visto á « los hijos temblando delante de sus madres, y « á las hijas que casi no se atrevían á hablar á « las mujeres casadas; he visto ministros que « oían sin responder, pero que cuando llegaban « á su noticia las grandes acciones, las remu- « neraban con lluvias de distinciones y benefi- « cios (1). »

El teatro estaba lejos de tener la importancia y universalidad que despues obtuvo, excitando todavía cierta especie de escándalo en los ánimos timoratos. En Italia los predicadores de cuaresma lo anatematizaban; el padre Tornicelli persuadió á los de Novara á dejar de asistir á él; Ginebra no lo admitió tampoco; de Mui, el amigo del hijo de Luis XV y ministro de Luis XVI, debiendo acompañar al rey de Dinamarca á visitar París, al llegar á la puerta del teatro se separó de este monarca, diciéndole que su religion le vedaba la entrada en aquel lugar (?).

El mundo elegante se solazaba mas en los bailes, festines y galanteos: bailarinas y cantatrices eran la presa ostentada de los señores, cuyos ricos trenes veíanse parados á sus puertas, mientras ellas lucían sus galas en los paseos en carruajes tirados por cuatro caballos.

Campo donde brillaban los Franceses era la conversacion, en el cual adquirieron aquel arte de disertar familiarmente, tan peculiar suyo y que ahora se va perdiendo. Por esto todos querían ser cultos y conseguirlo con poco trabajo; y de aquí la curiosidad universal, que se contentaba con la superficie, y la extension de ese espíritu de sociabilidad que nivela los grados sociales, de ese exceso de cortesania, que á veces es efecto y á veces causa de la aridez del sentimiento, que produce ciudadanos sin celo, escritores sin originalidad, familias sin ventura.

Pero si la galantería habia enseñado á los Franceses á dar importancia á cosas fútiles, en cambio mitigaba su egoísmo y moderaba su ambicion; inspiraba respeto al débil y aversion

(1) *La vieille Europe.*

(2) Una cosa aparte eran los teatros de los Jesuitas. Los habia en todos los colegios y los actores se renovaban con los alumnos. Cada uno poseía un repertorio propio, que comprendía tragedias, comedias, óperas, bailes y diálogos. El amor y todas las pasiones peligrosas estaban desterradas de la escena, lo mismo que las mujeres, es decir, que faltaban los recursos teatrales mas comunes. En 1706 se representaron en Roma la *Toma de Jerusalem* y la *Pasion de Cristo*, en que hacían papel el *Pecado*, la *Penitencia* y la *Gracia*. El padre Granelli compuso á este efecto algunas tragedias, que no son las peores del teatro italiano. Algunas veces los alumnos representaban fuera del colegio: los de Reims bailaron una danza heroica en la coronacion de Luis XV, y los del colegio de Luis el Grande representaron en las Tullerías el *Gregorio ó las molestias de la grandeza*.